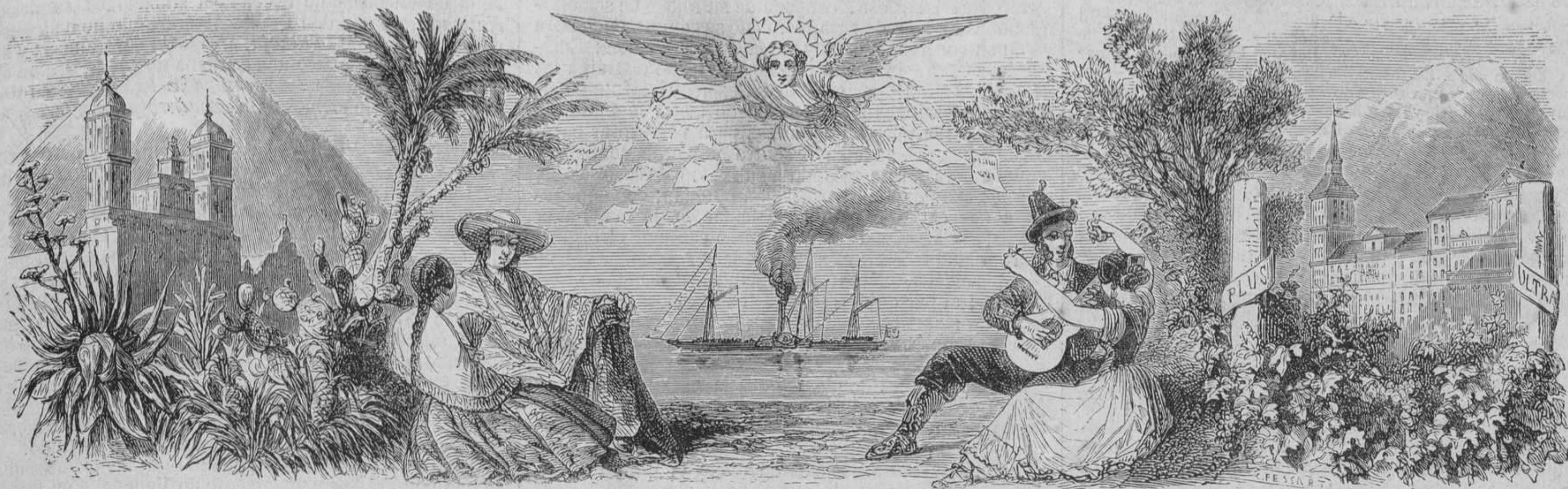


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 471.

SUMARIO.

Envíos de tropas al Canadá; grabado. — Revista española. — Distribucion de recompensas en Lille; grabado. — Caprichos alegóricos; grabados. — Revista de Paris. — Cuento. — Última enfermedad y muerte del P. Lacordaire. — El príncipe de Gales y el príncipe Arturo delante del féretro del príncipe Alberto; grabado. — El día de Reyes; grabado. — Catalina de Aragon. — Sobre los hielos y bajo los hielos; grabados. — Un año de matrimonio. — Revista de la moda. — Ferro-carriles; grabados.

Envíos de tropas al Canadá.

La Inglaterra está enviando actualmente grandes refuerzos de tropas al Canadá en prevision de una guerra con los Estados Unidos, que por fortuna no tendrá lugar si, como anuncian las últimas noticias recibidas en Europa, el gobierno federal se decide á devolver á los señores Mason y Slidell, presos á bordo del *Trent*. Entre tanto, segun escriben de Londres, las tropas que forman el tercer cuerpo enviado de refuerzo al Canadá, parten

diariamente por destacamentos para Liverpool y Southampton con objeto de embarcarse para su destino, y estos destacamentos son acompañados hasta la estacion del ferro-carril por una multitud numerosa que les anima con vivas entusiastas. Diríase que los ingleses van á la conquista de un nuevo mundo.

El almirantazgo se ha arreglado con dos grandes compañías para el transporte de estas tropas que son embarcadas en los buques de vapor *Adriatic*, *Parana*, *Magdalena* y *Asia*, puestos á disposicion del gobierno inglés desde el 25 de diciembre.



Despedida de las tropas inglesas enviadas al Canadá.

Revista española.

Lo que deseo á mis lectores en el año nuevo. — *La Cruz del matrimonio*. — Su análisis. — *La Tutelar* y Eguilaz. — Teatro de Variedades, del Príncipe, de la Zarzuela, del Circo. — Los teatros caseros. — El de la duquesa de Medinaceli. — El de la baronesa de Ortega. — Funcion en el Conservatorio de música. — Un domador de caballos que no ha podido domar la desconfianza de los españoles. — La Nochebuena. — Un poeta muerto y una sátira de su pluma. — Libros nuevos. — Inventos. — El frío y los pobres. — Dos mendigos que no quieren limosna y que podrían llamarse dos tipos originales. — Promesa de referir su historia.

Cuando el presente artículo llegue á manos de mis lectores estaremos en pleno año nuevo. ¿Cómo no expresar al principio de mi revista la satisfacción que me causa este suceso? ¿Cómo no felicitar á los suscritores del CORREO DE ULTRAMAR que me leen? Mil felicidades en el presente año, tranquilidad de ánimo, hidropesía de bolsa, ayuno de disgustos: hé aquí lo que os deseo.

Ahora pasemos á ocuparnos de los acontecimientos de Madrid en el último mes del difunto año 1861.

Os decía al final de mi anterior revista, que uno de los sucesos mas notables de los postreros días de noviembre, había sido la representación en el teatro de Variedades de una comedia de Luis de Eguilaz titulada *la Cruz del matrimonio*; y con efecto todavía se representa esta obra, y su autor oye todas las noches repetirse los aplausos, viendo multiplicarse las coronas que arroja á sus piés el entusiasmo, y consolidarse su triunfo.

La importancia artístico-filosófica de esta comedia, el éxito que ha obtenido, el nombre de su autor, merecen un detallado examen, y creo que mis lectores no perderán nada, sabiendo como España comprende *la Cruz del matrimonio*, y digo España, porque en todas las provincias se ha ejecutado esta comedia, y en todas el asentimiento del público ha probado que Eguilaz ha sabido tocarle en una de sus fibras mas sensibles.

La Cruz del matrimonio era una frase que se tomaba siempre en sentido epigramático, frase pronunciada á todas horas con maliciosa sonrisa ó gesto cómico, frase que despertaba únicamente las ideas de discordia, de trabajo sin recompensa, de esclavitud ridícula, de infortunios risibles, de calamidades y miserias; mas por una de esas revelaciones misteriosas que son la inspiración, un poeta se fija en la acepción genuina y natural de las palabras, en la palabra sencilla *cruz*, santa para el cristiano, lee el Calvario, sacrificio, resignación, peregrinación larga y penosa, escarnio sufrido con angelica paciencia, desprecios pagados con amor infinito, espinas y martirios sufridos con fortaleza generosa, puestos los ojos en Dios y la mano sobre el corazón creyente y fervoroso; y en la frase vulgar é irónica, encuentra un pensamiento sublime, el germen de una obra dotada con esa belleza que sobrevive á los tiempos y á las circunstancias, porque tiene su origen y su causa en la vida inmortal del alma.

El argumento de la comedia es muy sencillo, y se reduce al desarrollo de unos caracteres llenos de naturalidad y de vida.

Mercedes se llama la protagonista, Félix su marido; en casa de ellos viven accidentalmente sus primos Enrique y Manuel, matrimonio que presenta el autor como contraste del otro y para realzar con el carácter de ella la figura principal, y además una tía de ambas esposas, Clara, tipo excelente, cómico si los hay, corazón tibio y despegado, genio frívolo y entendimiento corto, carácter de pernicioso influencia, cuando con el prestigio de la autoridad puede obrar sobre otro débil y veleidoso; — estos son los personajes de la comedia, con un niño que, sin salir á la escena, sin tener nombre siquiera, interesa y conmueve, ¡tal verdad hay en el sentimiento con que su madre piensa en él, tan patéticas son las frases con que á él alude cuando quiere mover el corazón distraído del padre! Y el amante consentido, aunque no correspondido, de Enriqueta, que no hace mas que aparecer un instante, antes de morir á manos del esposo ofendido. Circunstancia es esta última que muestra gusto severo en el autor. Eguilaz piensa que la falta de la mujer no está en el delito, sino en el consentimiento, y por consentir en un paso que lastima la reputación de su marido, la castiga antes de haber delinquido y la castiga de un modo tremendo, poniendo el cadáver del ofensor entre ella y el hombre ultrajado, condenándola al tormento de una vida sin paz y sin consuelo. Cruel se hace tan duro castigo para una infeliz á quien extravían su amor propio herido, los malos consejos de la mujer que la crió y la acompaña siempre, y la indiferencia de su marido; ¡mas quién no aplaudirá que apenas hecho odioso el seductor que explota estos elementos de ruina, concitados contra la pobre mujer, caiga sobre él la ira del cielo, sirviéndose como instrumento de la mano misma que quiso infamar!

Presentados ambos matrimonios en escena, hecha la exposición declarando Enriqueta que su paciencia toca á su término, y que á las disipaciones del marido debe responder la mujer con otras disipaciones, y contestándola Mercedes que tal proyecto solo ha de servir para exasperar al hombre, y que si algo puede hacer mella en su alma pervertida es la mansedumbre y el cariño; establecida la circunstancia de que en los consortes de ambas, compañeros de aventuras, vive aun el amor de sus mujeres, es evidente que la acción ha de basar en el juego de los dos sistemas, cuya antítesis constituye el elemento dramático del asunto.

Así se desenvuelve esta acción de un modo natural y sencillo en los dos primeros actos, sin acudir á otros recursos que los incidentes ordinarios de la familia y la sociedad, con escenas bellísimas y superiormente verificadas, con una sobriedad y buen gusto de detalles muy de estimar en un poeta de tan fácil y rica vena. Mercedes, laboriosa, ocupada de su hijo y de sus obligaciones de ama de casa, combate sus dudas, encuentra fe en su conciencia pura y vence la tribulación; Enriqueta, ociosa, sin afecto ni ocupación que distraiga las tristezas y preocupaciones de su espíritu, siente enconarse sus pasiones y abre su pecho al desengaño y la amargura; la una cobra fuerzas para perseverar en su misión penosa, la otra desmaya y pierde confianza; aquella llora y reza velando á su hijo; esta se desahoga con los acentos de la inspiración humana, con una melodía que canta los postreros instantes de una mujer infame; la humildad se va abriendo camino, el orgullo y la vanidad se extravían mas cada vez, hácese palpables los efectos diferentes de los diferentes medios empleados; al par que crece en Félix el amor á su mujer, crece en Manuel el desvío hacia la suya, y se adivina que los primeros se unirán y los segundos se separarán tal vez para siempre.

En el acto 3º es donde alcanza la acción el término último de su desarrollo; allí los caracteres tocan el extremo de su expresión, allí se apodera el autor del corazón de los espectadores, y le domina y le sujeta, y no le abandona hasta después de dicho el último verso. Allí Mercedes, sabiendo que Félix la abandona por seguir á París á una aventurera, siente flaquear sus hombros bajo el peso de la cruz y desmayar su corazón intrépido; — allí hay una escena magistral entre los dos consortes, escena rica de verdad, de sentimiento, de efectos dramáticos: — es el trance apurado de la batalla, es el momento decisivo en que la virtud emplea todos sus medios, sus recursos últimos para triunfar del mal; escena que no se cuenta, que no se copia, porque es preciso verla, es preciso sentirla para comprenderla.

¡Por cuántas incertidumbres dolorosas pasa durante ella el atribulado corazón de la pobre mártir! ¡Un raudal de alegría había inundado su alma al ver entrar á Félix mas temprano que de costumbre; cuando le creía mas entretenido con los preparativos criminales de su marcha, le ve volver cariñoso, tierno, expresivo como nunca! ¡Y la mansa paloma, inocente y crédula como todo el que ama de veras, acepta llena de confianza y con toda la efusión de su cándido pecho aquellas demostraciones hipócritas, sin pensar que pueden serlo, sin sospechar que puedan encubrir una intención villana y egoísta! Porque aquella venida inesperada, aquel recogerse á una hora desusada tiene por causa las pérdidas en el juego y la necesidad de acudir con nuevos caudales al sórdido tapete. Así, ¡qué desolación profunda, qué tristeza infinita en aquel «¡me abandona!» que pronuncia Mercedes cuando averigua la amarga verdad. Pero aun no se han agotado su fe y su paciencia; todavía espera en Dios, y señoreando su emoción, resuelta á continuar hasta el fin su propósito de humillarse y padecer con resignación, esconde sus lágrimas, y solicita por la salud del hombre que la sacrifica, inquieta por la palidez extraña que cubre su rostro, por la inquietud que manifiesta su semblante, hija de las inquietudes del alma, donde empieza á obrar el remordimiento, enciende la lámpara, y con dulcísima voz le anima á tomar una taza de té preparada por ella. Y la escena continúa, y Félix, á pesar de la voz de su conciencia, á pesar de que dice

Voy á tomar lo que es mio
Y me parece que robo,

llega al cajón de su gaveta; su mano trémula y mal segura se resiste á abrirlo, y Mercedes con el mas sublime esfuerzo de abnegación llega y lo abre para que tome el dinero; — este no alcanza á la necesidad de Félix, y la madre que ha vendido sus alhajas inútiles ya para hacer un capital á su hijo, le entrega el precio de esas alhajas que, impuesto en una sociedad mercantil, debía ser la base del caudal futuro de su niño. Con este último sacrificio se han agotado las inspiraciones de su amor, y dejando á su marido bajo la impresión de esa prueba postrera de ternura, se aleja invocando á Dios.

Solo le dejo contigo,
¡Señor, tócale en el alma!

El calavera conoce sus yerros, y la santa mártir logra la palma del martirio.

Para concluir mi reseña sobre esta obra, diré que en una de las situaciones mas interesantes y bellas de *la Cruz del matrimonio*, dice la noble esposa y madre:

Hay un banco, ó cosa así,
Que llaman *la Tutelar*:
Poniendo en él á interés
Dinero, de un niño en nombre,
Cuando el niño llega á hombre,
Rico, ó poco menos, es.

Esta mención de *la Tutelar* ha bastado para que estos días muchas madres de familia acudan á las oficinas de aquella sociedad á asegurar el porvenir de sus hijos. El señor Uhagon, comprendiendo el gran beneficio y la honra que indeliberadamente ha hecho el señor Eguilaz á *la Tutelar*, ha dirigido al laureado poeta en nombre de la sociedad, una delicadísima carta, rogándole que admita una inscripción por 10,000 reales, para que su nombre y sus intereses vayan unidos á los de *la Tutelar*. Ya que he empezado hablando de teatros continuaré.

Hé aquí las producciones que se han representado en el presente mes.

Variedades. — Además de *la Cruz del matrimonio*, tres piezas en un acto: *Socorros mutuos*, *El que no está hecho á bragas* y *el Mundo nuevo*.

Príncipe. — *Lo tuyo mio*, comedia original de Escriche, llena de chistes y de excelentes situaciones cómicas; *Nativa*, drama de don Emilio Alvarez, que no ha gustado mucho; *La buena alhaja*, arreglada del francés; y se ensayan en este teatro una comedia nueva de Breton de los Herreros titulada *La hermana de leche*, y otras dos de autores desconocidos: *Un caballero pobre* y *la Teoría de la voluntad*.

Zarzuela. — *Del palacio á la taberna*, de Camprodon y Gaztambide; *Un viaje al rededor de mi suegro*, música de Oudrid, y un *Concierto casero*, han proporcionado deliciosos ratos á los espectadores, por su gracia y su música ligera y originalísima. Otra zarzuela, *el Casamento*, fué estrepitosamente silbada. Serra, que ha estado muy enfermo y que se halla bien, está escribiendo para este teatro una zarzuela titulada *el Mundo*.

En el Circo se ha estrenado una de García Gutierrez con música de Arrieta titulada *Las dos coronas*, que ha obtenido un éxito brillante. *Genaro el Gondolero*, zarzuela en tres actos, ha proporcionado también á este teatro muy buenas entradas.

Por fin se estrenó en Novedades, *el Corpus de sangre*, drama sangriento que tuvo un fin digno de su título.

Como noticias teatrales anunciare á mis lectores que se ha inaugurado solemnemente en Valladolid un teatro costeado por dos ricos propietarios de la capital, y que en Manresa va á construirse otro por suscripción, notándose que hasta las poblaciones de quinto ó sexto orden van construyendo edificios destinados al arte escénico.

España esta desconocida, tanto es lo que ha avanzado en los últimos años por la senda de la civilización. Nuestros compatriotas residentes en América lo comprenderán así seguramente al ver las detalladas reseñas que hago del movimiento intelectual español. Respecto de la afición al arte escénico, puedo decir que cada día es mayor, y últimamente el diputado á Cortés, señor Barantes, ha formulado una proposición que será sometida en su primera reunión á las secciones del Congreso para que el gobierno de S. M. conceda anualmente doce premios de 20,000 reales cada uno, á los autores de las mejores obras dramáticas y líricas que se presenten en el año, y para que sean igualmente premiadas y auxiliadas las empresas que hagan mayores y mas fructuosos sacrificios por el decoro de la escena.

Los teatros caseros, como decía en mi último artículo, se multiplican, y en el palacio de la duquesa de Medinaceli se ha ejecutado hace pocas noches *la Segunda Dama duende*, desempeñada por las señoras duquesa de Medinaceli, marquesa de Villaseca, señorita de Paz, condesa de Selafany, y señores Ventura de la Vega, su hijo y otros.

También en casa de la jóven y bella baronesa de Ortega empieza á construirse un pequeño y elegante coliseo, que se estrenará tan pronto como se halle concluido. En él se darán *vaudevilles* franceses, piezas españolas y zarzuelas, componiéndose la compañía mitad de artistas españoles y mitad de franceses, pertenecientes en su mayor parte unos y otros al cuerpo diplomático.

De bailes y soirées, está la corte muy desanimada, y solo tienen reuniones semanales las señoras de Carvajal y de Sancho. Los marqueses de Cusano dan conciertos, y el general Narvaez obsequiará mañana, día de Año nuevo, á sus amigos con un espléndido banquete.

Dícese que para febrero abrirá sus salones la condesa de Velle; también se dice que una vez terminadas las obras que el señor Riquelme está haciendo en su casa, dará algunas *soirées* para principio de año. Mucho sentiría que esto no fuese exacto, pues serán indudablemente dignas de verse.

La casa de este último es magnífica. El lujo, el buen gusto y la riqueza que por todas partes se admiran hacen que la imaginación se remonte á millones al pensar lo mucho que aquello habrá costado.

En el Conservatorio de música se ha celebrado la función lírico-dramática anual, que se repite todos los años para solemnizar la adjudicación de premios á los alumnos. La función se dividió en tres partes: en la primera se ejecutaron variaciones de órgano, arpas, violoncello y contrabajo; la romanza del *Elvir d'amore*, un aire variado para clarinete; *Il sogno*, romanza de Donizetti; *l'Invitation á la wals*, rondó para piano, y un tercetino de *Beatrice di Tenda*. En la segunda parte se puso en escena el drama de Rojas, *García del Castañar*.

Al principiarse el segundo cuadro del acto se cantó un coro de aldeanos compuesto expresamente por don Pablo Hernandez, premiado con la medalla de oro en los últimos concursos de composición. La tercera parte constó de las piezas siguientes: Aria de *la Favorita*; los *Navegantes*, fantasía para órgano; rondó final de *Columela*; fantasía para piano sobre motivos de *Lucrecia*; cavatina de *Il Trovatore* y duo de *Lucia*. La concurrencia fué escogida y numerosa, á pesar de lo desahogado de la noche.

Asquerino (Eduardo), el poeta tan conocido en América, se ha casado en Sanlúcar de Barrameda con una señorita muy rica de aquella capital.

Rarey, el famoso domador de caballos anglo-americano, ha tenido la honra de ejercer su habilidad en el picadero de palacio, ante SS. MM. la reina y el rey. Rarey entró en una habitación donde estaba suelto un potro cerril procedente de la dehesa real de Aranjuez, y presentándole la palma de la mano y sin dejar de mirarle y pasándole repetidamente la mano por la cabeza, le

hizo sacar la lengua, le puso la cabeza y le llevó al picadero. Allí Rarey hizo hincar las rodillas al caballo, y derribándole al suelo se sentó sobre él, pasó por encima de él un ruidoso carrerón, le asustó de mil modos, y el caballo no se movió del suelo. Ultimamente, Rarey hizo levantar al animal, le ensilló, le montó y le condujo tranquilamente a la cuadra.

Pero al día siguiente el potrero estaba tan cerfil como antes de hallarse enfrente de Rarey; así es, que este célebre domador ha hecho fiasco en nuestra corte.

Las funciones de Navidad de este año se han parecido a las de los anteriores, y nada os digo de ellas, porque ya sabeis cómo pasamos aquí la Nochebuena y la Pascua.

Pasemos a ocuparnos de los libros nuevos, de los descubrimientos industriales, de los acontecimientos científicos.

Ante todo os diré que el conocido y reputado fabulista don Paseual Fernandez Baeza ha fallecido. Su muerte ha sido muy llorada, porque además de su privilegiado talento, era un hombre honrado digno de la mayor estimación.

Entre sus composiciones poéticas hay una sátira que le coloca en primer término. El mejor elogio que de ella puedo hacer es citar algunas de sus estrofas, en las que describe la corrupción social de un modo admirable.

Este furor de lujo, que de todos,
Cual la peste, en la sangre se inocula,
El crimen multiplica de mil modos,
Y sin rebozo por do quier pulula.

Como tiende su red, y prende artera
Sucia araña a la abeja diligente,
Así en la Bolsa el vil tahir espera
Al bueno a quien arruina impunemente.

Inícuo, allí, la sencillez explota
Del jugador honrado, que el secreto
Ignora de que el alza ó bancarrota,
Preparadas están por un decreto.

Del funcionario aquí la mano impura
Con los negocios públicos trafica.
Allí, quien no se encuentra a igual altura,
Sorprende, engaña, estafa, falsifica.

Y al hombre probo, con sarcasmo impío,
Escarnece, llamando a su pureza
Y su odio al crimen necio desvarío,
Y a su virtud ridícula simpleza.

De su alta posición bajo la égida
Otros mas criminales, escudados,
Se reparten impunes sin medida
El oro de los pueblos esquilados.

En vano el mal a contener se esfuerza
La ley, sin las costumbres impotente;
Que para hacer el bien faltale fuerza
Do la inmoralidad alza su frente.

Si fuerte detener cop firme brazo
Su carroza triunfal pretende el bueno,
Le tiende la traición pérfido lazo,
Y alevoso puñal clava en su seno.

Como del alto monte desprendida,
Velo rodando, la avalancha crece,
Y bajo de su mole en la caída
Sucumbe el fuerte roble, y desaparece,

Aquí el vicio en su marcha se fomenta,
Y partiendo su mole emponzoñada
De las mas altas clases, tal se aumenta,
Que la virtud sucumbe sepultada.

En el débil bosquejo en miniatura,
En que desnuda la verdad descuella,
Ve de la corte la inmoral figura;
Y con horror apartaraste de ella.

Padece, Fabio, al ver corrido el velo,
Ese negro horizonte que te espanta.
Hallará tu dolor pronto consuelo,
Dios sufrir mas no puede maldad tanta.

Su abominable alcázar se desploma...
Míralo retemblar... Llegó el momento
En que lo abraza el fuego que a Sodoma;
Sus cenizas despues llevará el viento.

Hé aquí ahora, siguiendo mi costumbre, los libros que han visto la luz en el presente mes, ó que se hallan próximos a verla.

— *La Señorita de Armestad*, novela histórica de don Juan de Dios Mora. En esta obra está pintada una de las épocas menos tratadas, el advenimiento de los Borbones al trono de España.

— *El Inseparable*, almanaque para 1862.

— *El Almanaque del Museo Universal*, escrito por los principales poetas y articulistas españoles.

— *Colección de tradiciones y leyendas vascongadas*, por don Juan Venancio de Araquistain.

— *Espinas de amor*, novela de costumbres.

— *Anuario diplomático español*, por don Fernando Vera.

— *Reló aritmético* del señor Santa María, por medio

del cual, merced a un mecanismo sumamente sencillo, se practican todas las operaciones aritméticas sin necesidad de fatigar la memoria con los cálculos consiguientes.

— *El libro del propietario*, por don Manuel Danvila.

— *Historia crítica de la literatura española*, por Amador de los Ríos. Tomo II.

— *Fábulas de Agustín Príncipe*. Al final de esta obra da su autor el *Arte métrica elemental*, ó sea un tratado analítico de versificación castellana, donde se explican todos los géneros de metro en que dichas fábulas están escritas, y cuyos capítulos hasta ahora publicados son los que siguen: Primero. De la versificación en general. Segundo. Del silabeo métrico. Tercero. De la acentuación de las sílabas.

Estas son las obras publicadas; hé aquí las que se anuncian:

— *Los Cantares de Trueba*, traducidos al catalán.

— *Diccionario* de todas las obras, escritos, memorias y discursos publicados ó inéditos de cuatro siglos a esta parte; tanto sobre la agricultura general, como sobre las distintas especialidades que abraza, y lo mismo con aplicación a comarca determinada que al país, por don Braulio Anton Ramirez.

— *Biblioteca Universal* que publicará novelas al precio fabuloso de un cuarto la entrega, ó lo que es igual que será muy mala, porque a este precio nada bueno puede darse.

— *Poesías* del malogrado poeta murciano José Monroy.

La Caja de Pandora, colección de estudios filosóficos literarios, políticos, satíricos, de costumbres y de viajes. El autor de esta importante obra, algunos de cuyos capítulos han aparecido ya en la *América* y otros periódicos, es el señor don Javier de Ramirez, autor del drama *la Culebra en el pecho*, y del poema *la Tierra de promision*.

El profesor de lengua arábiga en la universidad de Sevilla, y director de la revista religiosa *La Cruz*, señor Carbonero y Sol, posee todas ó casi todas las obras inéditas del ilustre geronimiano fray Fernando Zavallos, quizá el primer filósofo y uno de los mejores hablistas españoles del siglo XVIII. El padre Zavallos es muy conocido de cuantos cultivan en España las ciencias metafísicas y morales por su famosa obra *La falsa filosofía convencida de crimen de Estado*, interrumpida en la mitad de su publicación.

Campoamor ha sido elegido miembro de la Academia española.

Han llegado a esta corte algunos ejemplares del curioso é interesante libro que ha dado a luz en París el distinguido escritor americano señor don Nicolás Tanco Armero, y que lleva por título: *Viaje de Nueva-Granada a China y de China a Francia*. El señor Tanco Armero ha dedicado a S. M. la reina un ejemplar de este libro, primorosamente encuadernado en blanco y oro en la capital del vecino imperio, y puesto en manos de la augusta señora por un alto empleado de palacio. La reina lo ha acogido con su proverbial bondad, encargando reiteradamente que se diesen en su nombre las gracias a su galante autor.

También la industria quiere alzar el vuelo en España, y hay españoles que desean que los descubrimientos no sean un monopolio exclusivo de la Francia y de la Inglaterra.

Un profesor de química ha obtenido privilegio de invención por quince años para un aparato de que es autor, que simplifica extraordinariamente las operaciones para el levantamiento de planos topográficos.

En Barcelona ha llamado la atención de las personas ilustradas, una mesa telegráfica, montada por un mecanismo tan nuevo como ingenioso, bajo la dirección científica de su inventor don Roque Llobet. Dicha mesa es, según los inteligentes, el primer aparato telegrafico que se ha construido en España.

Nos hallamos en lo mas crudo del invierno.

El frío y la nieve hacen pensar involuntariamente en los pobres que no tienen abrigo ni fuego para defenderse de su rigor. Entre esas imágenes infelices me ocurre principalmente la de una pareja miserable que se ve tiempo hace por Madrid. — Son un hombre y una mujer, cuyos haraposos trajes parecen restos de mas desahogada posición; — no visten como los mendigos, no piden limosna, llevan consigo dos ó tres utensilios de cocina, con los cuales acampan y encienden fuego en la esquina que mejor les acomoda: allí se calientan ó preparan una misera comida, y cuando la estación les cansa, levantan su ajuar y van a establecerse en otra parte. — ¿Quiénes son estos seres misteriosos? ¿Se hallan bajo el yugo de la desgracia ó de la penitencia? ¿Cumplen un voto, expian un delito, ó sufren con fortaleza un tremendo cambio de fortuna? — En la mirada torva del hombre se nota a veces algo de siniestro, y la serenidad estoica de su fisonomía adquiere a veces una expresión cínica, que parece desafiar a cuantos en él se fijan; huye disimuladamente de las gentes, y evita la conversacion. El rostro de la mujer no se presta a la observacion, porque rarísima vez se le ve despojado del murgriento velo que le cubre, mas los que le han visto aseguran que si sus facciones no ofrecen una belleza extraordinaria, revelan con todo la raza privilegiada de la suerte, la que no ha vivido presa de las privaciones, y al estrago de la intemperie; su voz llama la atención por lo suave y cadenciosa.

Una tarde subia de vuelta de paseo por la calle de Alcalá un abogado muy conocido en esta corte, y escritor de nota; al llegar al convento de las Comendadoras de Calatrava, alcanzó a la pareja misteriosa, que lenta-

mente y sin dirección fija, según su costumbre, subia la misma acera. — Separóse la mujer de su compañero, y acercándose al abogado entabló con él conversacion, le preguntó por antiguos amigos suyos, le habló de una casa donde casi diariamente asistia muchos años hace, le refirió detalladamente acontecimientos de pocos conocidos, le dió, en fin, tan minuciosas y tales señas de personas y sucesos, expresándose siempre en términos cultos y decorosos, sin rencor, sin acrimonia, sin pasión y sin aparente deseo de excitar lástima, que para aquel señor respetable esta fuera de toda duda el haber pertenecido aquella mujer a la sociedad de la corte y haber tenido en ella un puesto digno.

Para despedirme de mis lectores, les diré que prometo averiguar la historia de estos dos desgraciados y referirla en uno de mis próximos artículos.

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de diciembre de 1861.

Distribucion de las recompensas

ACORDADAS A LA SOCIEDAD IMPERIAL DE CIENCIAS, AGRICULTURA Y ARTES DE LILLE.

Generalmente se concede al Norte de la Francia la riqueza industrial y la aptitud comercial y agricola, pero se olvidan demasiado las instituciones artisticas fundadas en las mismas comarcas con un buen éxito incontestable. Sobre esto se podrian citar varios ejemplos fundados en pruebas evidentes; mas no siendo tal nuestro propósito, en el dia de hoy vamos a limitarnos a presentar una especie de catálogo que servirá de noticia explicativa al grabado que representa la sesion del 22 de diciembre último. Sentaremos hechos, que como las cifras, están al abrigo de toda discusión. Ahora bien, la *Sociedad imperial de ciencias, agricultura y artes de Lille* acaba de merecer la *primera medalla atribuida a las Sociedades sabias de Francia*. Esto basta en cuanto al conjunto, y por lo que toca a los detalles, nos encerraremos, como hemos dicho, en un resumen del programa.

La sesion estaba presidida por el alcalde de Lille, acompañado del general Massiat, comandante de la tercera division militar, de M. de Coussemaker, presidente de la Sociedad, de M. Lamy, vicepresidente, y de los demás miembros de la mesa.

A la apertura de la sesion, el señor presidente, despues de haber ensalzado la solicitud del señor ministro de la Instrucción pública, tuvo el buen gusto de reemplazar el discurso propiamente dicho por una interesante disertacion sobre la arqueología.

M. Bos, secretario general, leyó despues su informe sobre los trabajos de la Sociedad durante el año 1861; y en seguida el *Círculo orfeónico*, una de las buenas sociedades corales de Lille, tan rica en elementos de este género, ejecutó un coro de M. F. Lavainne (palabras de M. A. Deplanck). M. F. Lavainne es un artista de un mérito reconocido, y el autor de los versos es uno de los poetas mas distinguidos del Norte.

Despues se procedió a la distribucion de las medallas y recompensas.

M. Lamy resumió el resultado de los concursos relativos a las *ciencias aplicadas*, a las *ciencias medicas* y a la *higiene*.

Las medallas fueron repartidas del modo siguiente: *Ciencias aplicadas*: medalla de plata, M. Debievre-Lesaffre. — *Ciencias medicas* (el asunto era el croup): medalla de oro, M. Fischer y M. Brichetéau, internos del hospital de los *Niños enfermos* de Paris; medalla de plata, M. A. Beauvoir, doctor en Ingrandes (Indre y Loira).

Higiene (ensanche de Lille): medalla de plata, M. Pilat y M. Tancrez.

M. de Melun tenia que tratar la parte que presenta mas atractivos, el concurso de poesia, y lo hizo con gracia y con talento.

El laureado era M. Deltombe, institutor en Orchies (medalla de oro), que habia elegido por asunto la *Batalla de Bouvines*.

M. M. Bonnefois obtuvo una medalla de plata por una elegía.

Un hecho particular tenemos que señalar en esta sesion, y es el de haberse acordado una medalla de oro, fuera de concurso, a M. Desrousseau, el cancionero local.

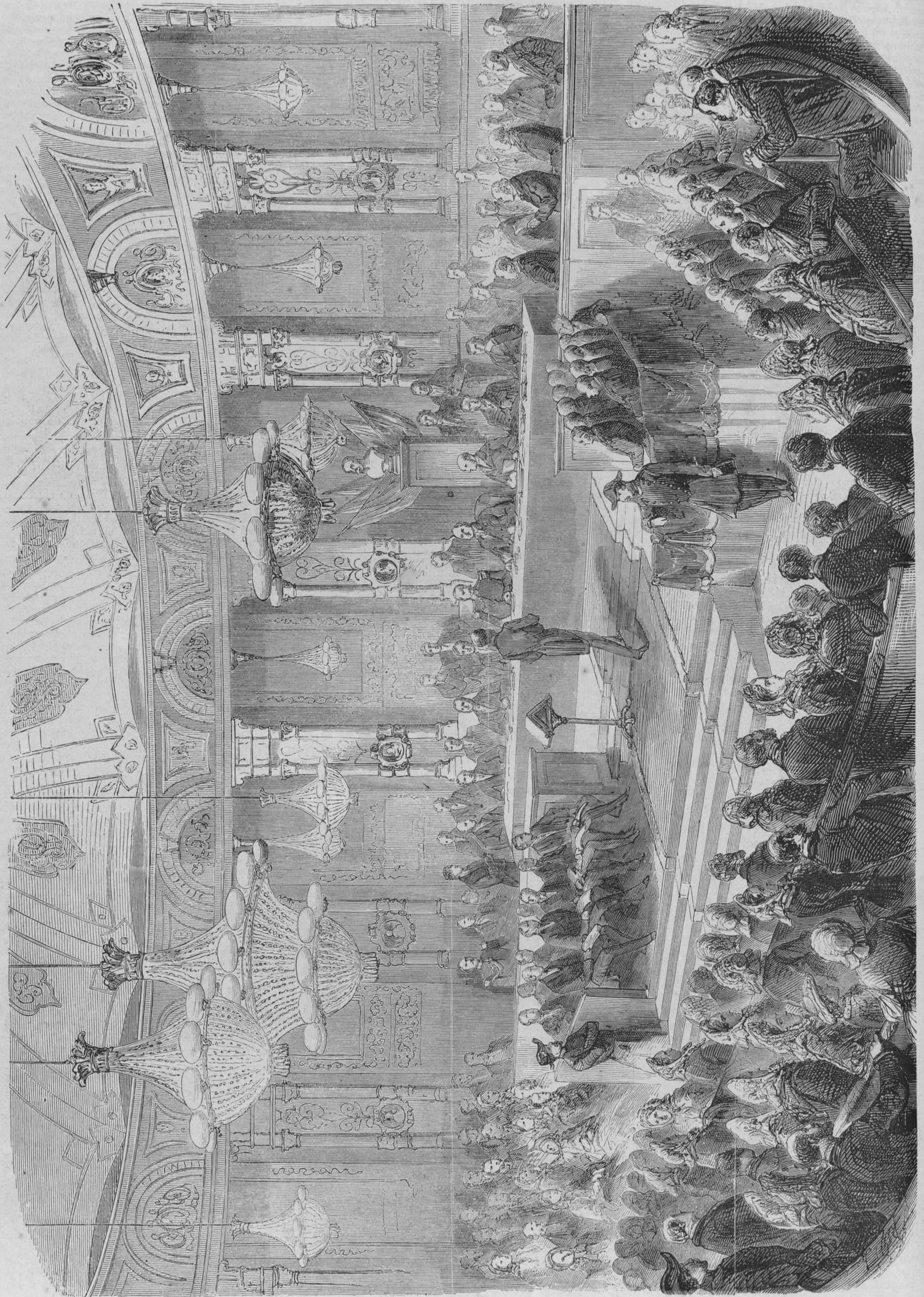
La Sociedad de ciencias consagraba así una popularidad adquirida hacia tiempo.

M. Desrousseau ha escrito sus canciones en dialecto del país.

El público, que era muy numeroso, saludó al cancionero con las mas vivas aclamaciones.

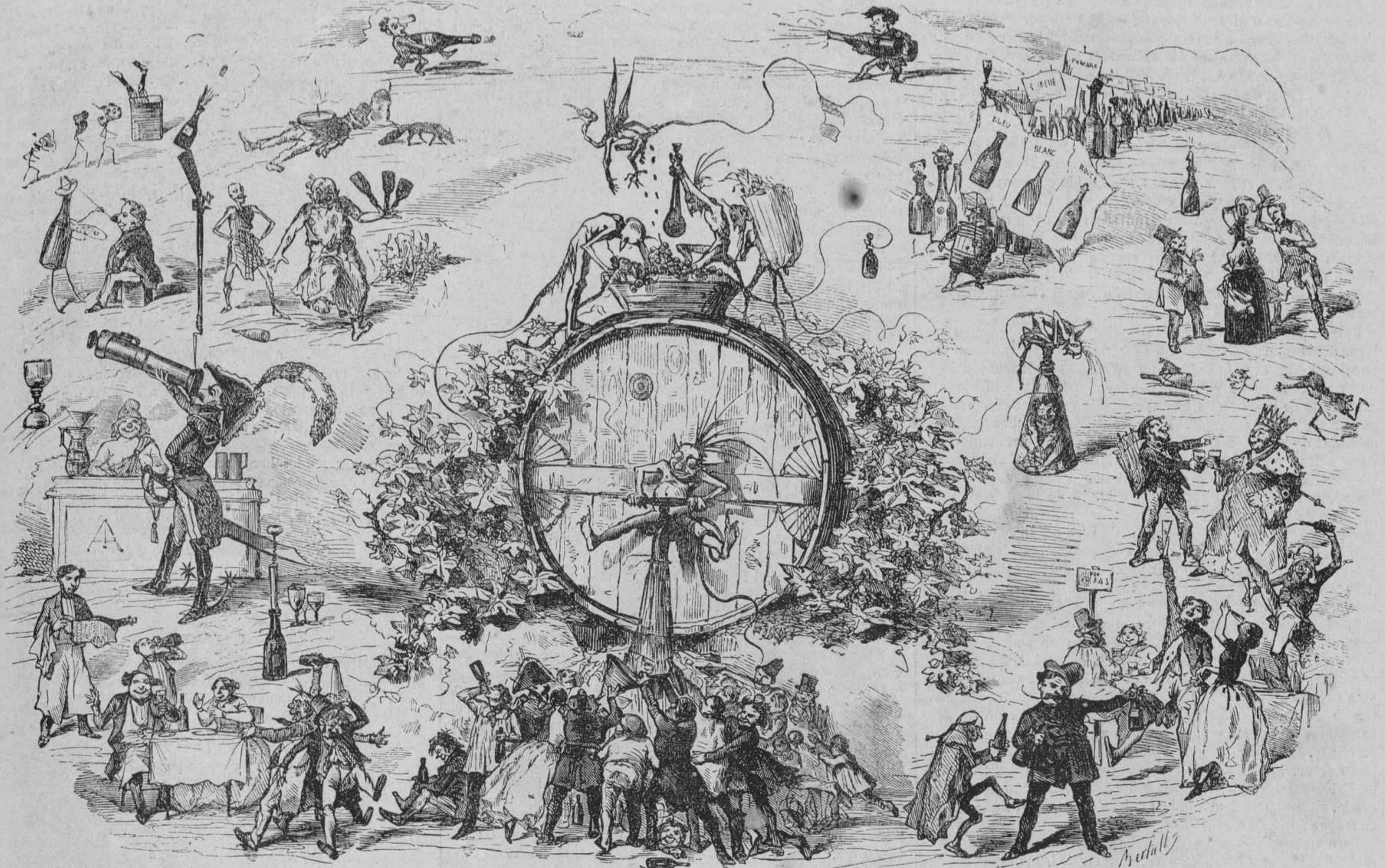
M. Chon, encargado de la parte histórica, resumió en algunas palabras bien dichas los trabajos presentados al concurso. M. Lacridan, autor de la *Historia de los señores y de la señoría de Roubaix*, ha obtenido una medalla de oro. Como premio añadido al concurso figuraba una medalla de oro ofrecida al autor de la *obra mas útil a las costumbres*, que fué dada a madama Bourdon, quien presentó dos obras: el *Derecho de primogenitura* y *Antonieta y Lemire*.

Despues del coro de Limnander (la *Marcha de los pastores*), bien ejecutado por el *Círculo orfeónico*, tuvo lugar la distribucion de las recompensas acordadas a los obreros de diferentes industrias. E. S.-A.



Distribución de las recompensas concedidas á la Sociedad imperial de ciencias, agricultura y artes de Lille.

CAPRICHOS ALEGORICOS, POR BERTALL.



El Vino.



El Juego.

Revista de Paris.

Principia á notarse en Paris la animacion propia de la temporada, á pesar de los sucesos políticos y de los lutos inesperados á que han dado lugar el fallecimiento del príncipe Alberto y las horribles desgracias de la familia real portuguesa. En Tulle-rias se han efectuado con la solemnidad de costumbre las grandes recepciones de Año nuevo, y como para ellas se había suspendido el luto de la corte, pudieron lucirse trajes brillantísimos en los majestuosos salones del palacio. Todas las señoras llevaban el manto de rigor, y los caballeros se presentaron de uniforme y casaca bordada. A mediados de este mes empezarán los bailes, y ya para el primero se han repartido cuatro mil esquelas de convite. Dícese que el emperador ha invitado á los ministros y á los altos funcionarios á imitar su ejemplo, con el fin de fomentar en Paris el comercio de artículos de lujo, que con los sucesos políticos de América, se encuentra á la sazón bastante desanimado. El ministro de la Guerra anuncia ya por su parte dos bailes, y es de creer que no le irán en zaga sus ilustres colegas.

Entre tanto, la gran diversion de los parisienses está en los lagos del bosque de Boulogne. Su Majestad la emperatriz ha patinado en ellos acompañada de dos profesores en el arte gracioso de correr con soltura y distincion por encima de los hielos; y el ejemplo de la soberana ha sido seguido por varias señoras de la alta sociedad parisiense. Ya se hablaba de muchas personas oriundas de las comarcas setentrionales que organizaban luchas de velocidad en este ejercicio tan saludable, cuando el termómetro subiendo á cinco grados ha venido á suspender sus proyectos. Sin embargo, estamos al principio de la estación, y el invierno de Paris solo es benigno por intermitencias, de modo que no deben perder las esperanzas de verlos realizados.

Un escándalo de que por fortuna ofrecen pocos ejemplos los teatros de Paris, ha tenido lugar en el del Odeon estas últimas noches, dirigido contra un drama nuevo de M. E. About, titulado *Gaetana*. No hemos asistido á ninguna de las tumultuosas representaciones de esta produccion dramática de uno de los escritores mas en boga, y por consiguiente no podemos hacer aquí su análisis; pero segun la opinion general de los críticos, el drama, aunque en su fondo no es original, pues la idea de él está tomada de una novela de Carlos de Bernard, titulada *la Inocencia de un presidiario*, tiene situaciones muy notables, los caracteres están bien sostenidos, y la accion perfectamente desarrollada. En suma, es un drama como tantos otros, que sin hacer furor, habria podido representarse muchas noches, si no lo hubiese impedido el nombre del autor, antipático en alto grado, segun parece, al público del Odeon, que se compone en su mayor parte de estudiantes.

Pero vamos á extractar de la prensa periódica, muy ocupada estos días con este borrascoso suceso teatral, los pormenores de la batalla.

El miércoles último desde muy temprano las cercanías del Odeon estaban inundadas de jóvenes que se proponian asistir á la primera representacion de *Gaetana*, esperada hacia tiempo en el barrio. La juventud de las escuelas queria aprovechar la ocasion para demostrar á M. About los sentimientos que la inspiran sus escritos insertos en los diarios oficiosos del gobierno; es decir, segun algunos, queria hacer una manifestacion política. Sin embargo, muchas de las personas que llevaban billetes no pudieron entrar, porque el teatro habia sido invadido ya por los amigos del autor y por los « claqueurs » que abundaban aquella noche.

Durante el primer acto, los esfuerzos que hicieron estos últimos por aplaudir provocaron un principio de hostilidad, y comenzaron á resonar los silbidos. En el segundo el tumulto creció, intervino la policía, se hicieron prisiones, y entonces la tempestad estalló en toda su fuerza; los actores recitaban sus papeles en medio de una gritería general, y cuando al concluirse la pieza anunciaron el nombre del autor, nadie pudo oírle.

En la segunda y la tercera noche el escándalo no fué menor, y en la cuarta, que fué la del lunes, llegó á tomar tales proporciones, que á la mitad del drama se echó el telon, y la autoridad mandó evacuar el teatro.

Los alborotadores no se proponian sino una cosa, que no se representara mas la obra de M. About, y lo han conseguido, pues el martes ya habia desaparecido de los carteles del Odeon el título del drama.

Un periódico de teatros cuenta que una diputacion de estudiantes fué á ver al director del Odeon, y se expresó en estos términos:

— La pieza no nos parece mal, pero lo que no queremos es el nombre de M. About.

En la noche del lunes, cuando mandaron evacuar el teatro, mas de trescientos estudiantes fueron á las once de la noche al pasaje Saulnier, donde vive M. About, y agrupados delante de su casa le dieron una serenata de silbidos, que tuvo que interrumpir la fuerza pública.

Todos convienen en decir, que desde las grandes luchas literarias del año 1830 entre clásicos y románticos, no se habia visto en los teatros parisienses un tumulto igual al que ha producido la representacion de *Gaetana*.

Mientras el Odeon, ordinariamente desierto, era invadido en esas noches por la turbulenta juventud del barrio, el teatro de la Grande Opera nos ofrecia una novedad que tampoco ha sido muy del gusto del público, si bien las muestras de desaprobacion estuvieron aquí muy lejos de llegar á un grado de expansion tan alarmante. Era esta novedad una ópera en dos actos, palabras de M. Melesville, música de M. Alary, titulada *la Voz humana*.

El argumento está basado en una bonita idea. La accion pasa en el castillo feudal de un señor Godofredo, landgrave de Thuringe, que tiene una hija llamada Isaura, enamorada de un joven organista, y precisada á casarse con el baron Conrado.

— Hija mía, la dice Godofredo, he resuelto casarte con el baron, y te concedo ocho días para prepararte. Mi organista Didier

tocará el órgano en la ceremonia, y hará el mismo papel despues en el baile. Creo que debe darse por muy honrado ese joven artista á quien hemos recogido por caridad, y voy á comunicarle mis órdenes.

No hay para qué decir que el organista rechaza semejante honor, tanto mas, cuanto que trae buenas noticias á su amada.

El emperador ha prometido la nobleza al que perfeccione el órgano, y él ha inventado una nueva voz para ese instrumento, la voz humana.

Sigue un bellissimo duo amoroso, á cuyo final Didier se arroja á los piés de la joven, mientras aparecen el landgrave y Conrado.

Entrambos se enfurecen, y el atrevido artista es arrojado ignominiosamente del castillo, donde habia sido albergado de limosna.

Muy luego le volvemos á encontrar en la capilla del palacio mirando el órgano del que esperaba su felicidad. Pero ¡ay! le han echado á la calle; ¿qué será de él ahora lejos de su idolo?

Hé aquí el entonador, mozo jovial que nunca ha sabido lo que es la tristeza; toda su ocupacion se reduce á poner en movimiento los fuelles del órgano, y como el trabajo no es muy grande, nuestro hombre tiene tiempo de sobra para entregarse á la mas dulce tarea de apurar la calabaza llena de vino del Rhin, que siempre lleva colgada de la cintura.

Hans advirtiéndole la melancolía de su querido maestro, le consuela, y sobre todo le invita á echar un trago, remedio infalible, segun él, contra las pesadumbres mas agudas.

En este momento se oyen las voces de las hermanas de Santa Cecilia, que cantan sus alabanzas al Señor.

— Animo, maestro, dice Hans, al órgano, y que salga bien la prueba, hoy es el día.

Una religiosa acude con el devocionario de Didier que este habia olvidado, y en la página que le señalan lee éstas palabras que le devuelven la vida: « Mi padre consentirá quizá si obteneis el premio que debe hacerlos noble. Valor y esperanza. »

— Sí, sí, exclama entusiasmado el organista, mio es el triunfo, mia la felicidad... Pronto, á trabajar, amigo mio; ensayemos la pieza que debe coronarme de gloria.

Didier se pone á tocar el órgano con delirio. Por todos los cañones salen voces, y la voz humana las domina.

Hans rebosa de júbilo, y la religiosa que ha traído el libro de voto, escucha con admiracion, sin ser vista.

De repente se oye el ruido de una música militar en el patio de honor del castillo... Es el enviado del emperador que viene á ser testigo de la prueba.

El organista sale un instante encargando á Hans que no deje entrar á nadie absolutamente en la tribuna del órgano.

Pero hé aquí que el entonador al quedarse solo observa que todavía hay vino en su calabaza, le apura, y en breve le flaquean las piernas.

— Cantemos victoria, exclama con alegría; la prueba está hecha ya... la voz humana saldrá infaliblemente del cañon número...

Conrado que ha entrado con el mayor sigilo, le pregunta:

— ¿Qué número?

Hans guarda silencio.

— Responde, amigo mio, ¿de dónde saldrá la voz humana?

Hans no contesta.

Conrado apela á un auxiliar poderoso, á su bolsillo, y presentándole cien monedas de oro, le dice:

— Este dinero es tuyo, si me dices cuál es el número de que hablabas.

— El número diez, responde Hans apoderándose del oro.

El baron corre al teclado, descubre el número diez y obstruye el tubo correspondiente, introduciendo en él su manopla de acero.

Entonces toma asiento el enviado del emperador, que debe ser juez del concurso con los señores de su séquito. Allí están tambien el landgrave y su hija.

Se da la señal, aparece Didier, se sienta al órgano... pero ¡ay! en vano se agita, así como su amigo Hans; la voz humana permanece muda.

Didier está á punto de caer desfallecido; por fortuna, el entonador recuerda lo pasado, saca la manopla del cañon del instrumento, y cuenta cómo y por quién ha sido sobornado. — Llega el desenlace. El órgano se muestra dócil ahora á la voluntad del artista, y resuena clara y vibrante la voz humana. Didier se arroja conmovido á los piés del landgrave, que le concede al punto la mano de la hermosa Isaura.

Tal es el libretto sobre el cual M. Alary ha escrito varias piezas de un excelente efecto musical, entre ellas el duo que hemos señalado, un aire cómico y una plegaria; pero á decir verdad, esto es muy poco para hacer buena una partitura, y M. Alary no puede felicitarse del éxito que ha obtenido con la *Voz humana*.

La ejecucion, regular. Dos nuevos artistas, barítono y tenor, los señores Roudil y Delaurens, se estrenaron sin gran aplauso, con los papeles de Conrado y de Didier; Mlle Jaisy (Isaura) estuvo feliz en el desempeño de su parte, y madama Durand, que hace la *voz humana*, no dejó de producir la ilusion de que su canto salia del órgano.

Apartándonos ya de los teatros, vamos á señalar un rasgo de excentricidad que debe dejar parados á los « humoristas » mas notables de la Gran Bretaña. — Acaba de morir en una ciudad de provincia un individuo que los diarios judiciales designan con la inicial C..., hijo de una buena familia y que habia pasado su vida haciendo viajes. Poseedor de una fortuna muy regular, nunca podia permanecer mas de dos ó tres días en la misma poblacion. De tiempo en tiempo le veían aparecer en la ciudad de su nacimiento, vestido invariablemente con un pantalon rojizo, una chaqueta amarilla y un sombrero de pastor; tomaba un cuarto, se encerraba en él, y al cabo de pocos días se marchaba.

Hace algunas semanas se presentó con su mismo traje y sus mismas costumbres; nadie fijó su atencion en él, pero como llegaron á pasar algunos días sin que los vecinos le hubiesen visto salir de su habitacion, principiaron á entrar en cuidado; llama-

ron y escucharon á la puerta sin advertir ruido alguno en el interior, y decidiéndose á abrir hallaron á M. C... extendido sobre su cama.

Practicadas las investigaciones oportunas en semejante caso, hallaron papeles que revelaban una fortuna de 170,000 francos. Despues de las formalidades de uso procedieron á enterrar el cadáver y se ocuparon del testamento del difunto, en el cual habia las disposiciones mas inesperadas. M. C... habia nombrado un heredero, pero con la expresa condicion de que el favorecido con todos sus bienes debia edificar una casa en el sitio mas solitario de los Pirineos, y condenarse á vivir en ella.

El legatario universal declaró que no aceptaba semejante herencia, y entonces la fortuna del difunto pasó al pariente mas próximo, que titubeaba acerca de la resolucion que debia tomar.

Estando en esto, el notario descubrió que M. C... habia cobrado algunos días antes de su muerte 14,000 francos en billetes, y como los herederos no habian hallado dinero en el cuarto del difunto, buscaban por todas partes dónde podria haber escondido aquella suma.

Por fin recordaron que M. C... habia sido sepultado con sus vestidos, y pidieron licencia para exhumarle. Ya hacia algunas semanas que estaba en la tierra, y por consiguiente esta operacion era una horrible ceremonia. Dos de los asistentes cayeron medio asfixiados. Sin embargo, registraron el cuerpo y no encontraban nada, cuando el comisario de policía separando con su baston la chaqueta de C..., puso á la vista un bolsillo que nadie habia mirado todavía. Le registraron y encontraron catorce billetes de á 1,000, de los cuales solo uno estaba ligeramente estropeado.

Parece ser que los herederos se han puesto de acuerdo, y que mediante ciertas concesiones se dispensarán de edificar la casa en el sitio mas solitario de los Pirineos, es decir, en lo alto del pico del Mediodía, que es un lugar soberanamente agradable para nido de águilas.

MARIANO URRABIETA.

Cuento.

En una modesta villa
Cuyo nombre no diré,
Por razon de que ni aun sé
Si es de Aragon ó Castilla,

Vivió un mozo, en poca edad
Mas espigado que un tallo,
Que era en sus tiempos el gallo
De toda la vecindad.

Con su apostura bizarra
Ningun otro competia,
Y á los mas fuertes vencía
En la lucha y á la barra.

¿Quién, bailando, su destreza
Supo exceder ni igualar?
Nadie: en Juan era el bailar
Segunda naturaleza.

Con esto y con una viña,
Cuatro solares y un soto,
Y tras rico, maniroto,
Era el coco de las niñas.

Digo mal: es condicion
Humana, que nunca yerra,
Que no haya cosa en la tierra
Que no tenga su excepcion.

No lejos de nuestro Juan,
Al mismo tiempo vivía
La linda Rosa María,
¡Bocado de mazapan!

Era la moza completa,
De mucho ruum y donaire:
La habló Juan, sufrió un desaire,
Y Juan perdió la chabeta.

Hasta aquel momento, el mozo
No supo lo que era amor,
Perdió el sueño y el color,
Y el apetito y el gozo.

Hubo, como es natural,
Rondas, ¡diligencia ociosa!
Nada pudo hacer á Rosa
Bajar de su pedestal.

Nada lograron los padres,
Codiciosos como viejos,
Ni aprovecharon consejos,
Ni cábalas de comadres.

Las músicas fueron vanas,
Inútil fué la querella;
Todo lo oyó la doncella
Como quien oye campanas.

Ni el amor ni los placeres
Perturbaban su quietud.
¿Era sistema ó virtud?
¿Quién entiende á las mujeres!

Viendo que tales extremos
No mellaban su altivez,
Apeló Juan de una vez
A los remedios supremos.

Al mirarse hecho un retablo
De duelos, triste y sin calma,
Resolvióse á dar el alma,
Con horror lo digo, ¡al diablo!

Creyendo alcanzar merced,
Su memorial, como es uso,
En un agujero puso,
Abierto en una pared.

Tardó el día á su impaciencia;
Mas cuando el papel sacó,
Pobre mozo, se encontró
Con esta inicua sentencia:

«¡Noramala para él!
¿Rosita? ¿Rosa María?
Para mí la tomaría.»
Y se firmaba: «Luzbel.»

— Por fin, se aclaró el arcano:
A otro día, aquella Rosa
Inflexible, desdeñosa,
Huyó con un escribano.

Súpolo Juan, y exclamó,
Remesándose el cabello:
«¡Estaba empeñado en ello!
Al cabo se la llevó.»

A. GARCIA GUTIERREZ.

Ultima enfermedad y muerte del R. P. Lacordaire.

OPUSCULO ESCRITO POR EL R. P. MOUREY, PRIOR DE LA TERCERA ORDEN ENSEÑANTE DE SANTO DOMINGO, DIRECTOR DEL COLEGIO DE SOREZE.

(Conclusion.)

VII.

Dióse principio, pero sin éxito, á un nuevo tratamiento. Pronto cundió la alarma, y en seguida vimos llegar á Soreze á los que habian sido sus mejores amigos en el mundo. Su hermano mayor llegó primero; luego MM. de Montalembert y Foisset, el abate Pereyve, M. Cartier y otros muy apreciados entre nuestras relaciones íntimas. M. de Falloux enfermo á la sazón, me escribía desde su cama, diciéndome: mi corazón y mi pensamiento están constantemente en Soreze; M. de Montalembert fué el último huésped á quien su afectuoso amigo obsequió en Soreze. El último sábado del mes de setiembre despues de comer tuvo un desmayo el padre, y como estaba entre M. de Montalembert y yo, le sostuvimos llevándolo casi doblado á su celda. Al día siguiente M. de Montalembert oyó misa allí, pues merced á la autorizacion del señor obispo de Albi, siempre cortés con el padre, celebrábamos diariamente el Santo Sacrificio en dicha celda. El conde de Montalembert partió abrazando por última vez á su antiguo amigo. En cuanto al padre ya no salió mas de su aposento.

En este estado principió á dictar á su muy querido secretario, el hermano Seigneur, las primeras paginas de sus memorias relativas al restablecimiento de su orden en Francia. Estas memorias, único manuscrito que ha dejado, alcanzan al año 1854, época en que concluyó su primer Provincialato. Durante el día dictaba y por la noche se ocupaba en la callada preparacion de su tarea. Por vía de descanso hacia que le leyesen algunos pasajes de los *Mártires de Chateaubriand*, que nunca estudió sin llorar.

Así acabó la primera quincena del mes de octubre.

En aquellos días llegaron tambien á Soreze algunos hermanos é hijos suyos, segun la gracia. Tan luego como fué admitida su renuncia de provincial de la orden, el capitulo de hermanos predicadores de Francia acordó juntarse en Tolosa, tanto para estar mas cerca de su padre, como para poder recibir mas pronto su bendicion y sus consejos. Durante los últimos días era una verdadera romería: cada padre de los mas antiguos en la orden acudia á ofrecer el vivo testimonio de una ternura inalterable al patriarca de la orden y de las demás comunidades religiosas de Francia. ¡Cuántas oraciones dirigidas al cielo en aquellos días! ¡Cuántas vidas ofrecidas en cambio de tan preciosa existencia! ¡Cuántas veces nos hubiera sido devuelto á aceptar Dios las sustituciones! Mas todos juntos no valiamos aquella victima.

VIII.

El decaimiento era mayor cada día. El lunes, 31 de octubre, juzgué necesario proponerle que recibiese los últimos sacramentos. Su suave sonrisa parecia decirme: ¡pobre niño! Pero me contestó: «Hijo mio, como sé que mi muerte va á ocasionarle á Vd. suma confusion, conviene no precipitar nada. Descanse Vd. en mí, que yo le avisaré, pues lo que es hoy tiene Vd. mucho que hacer.»

El miércoles 6 de noviembre por la mañana, entré en su celda con el médico; contra su costumbre, el padre le dejó hablar sin interrumpirle, y como se levantase

para despedirse, le dijo con voz llena: «Adios, señor Houlés. Ha sido Vd. muy bueno conmigo, le doy á usted las gracias por sus cuidados.» A las nueve entró el criado. La crisis de la noche anterior se reproducia, pero el pobre padre habia prohibido que me avisaran. Esperé pues un rato en la habitacion contigua, y como yo le dijese al entrar: «Y bien, padre mio, ¿Vd. está padeciendo mucho?—No, no es nada, me contestó. Y Vd. ¿cómo está Vd.? Tome Vd. asiento. ¿Qué dice el doctor?—¡Ay! padre mio, dice que cualquiera otro temperamento no resistiria veinte y cuatro horas, pero que el de Vd. no permite sentar ningun vaticinio.» Y él entonces replicó: «No importa, hijo mio, si lo cree Vd. prudente, y pienso que obrará Vd. bien, ahora es cuando conviene administrarme la Extremauncion, y sin mas tardar.» Y luego fijando en mí la mirada, me dijo: «Adios, hijo mio, adios. Es menester separarnos. Conozco que me muero; la vida se me escapa á pedazos. Adios.» Aquí el padre levantó los brazos al cielo y añadió: «¡Cincuenta y nueve años! Parecime que todavia podria ser útil para algo. Pero Dios ha decidido otra cosa; sus designios son impenetrables. Es preciso someternos; adios.» Despues de una pausa continuó en estos términos: «Hijo mio, ya sabe Vd. que no soy expansivo. Mi temperamento se resiste á la expansion. He aplazado para este momento el poderle decir á usted...» Y aqui sacó de su corazón palabras de indecible ternura, cuyo recuerdo inunda mi rostro de lágrimas. Y reponiéndose otra vez, añadió las que citaré, solamente para probar su humildad: «Mi único consuelo es dejar el colegio floreciente; esta es una bendicion de Dios debida á Vd., puesto que nadie como Vd. ha contribuido á su prosperidad. Yo he traído aquí una gran autoridad moral; pero la actividad, la abnegacion han sido de usted. Nada hubiera yo podido hacer sin Vd. He creído siempre que Dios bendeciria á Vd., y me ha concedido el favor de ver esta bendicion antes de morir: le doy gracias por ello.»

Los religiosos profesos, junto con los alumnos del Instituto y el sobrino del padre, estaban en una habitacion inmediata á la celda y los sacerdotes en otra. Todos llorábamos. Solo el padre estaba sereno, y repetia todas las oraciones. Mostró cierto vigor corporal en el acto de presentar sus miembros á las diversas unciones, y aun me llamó para la última, que no me habia yo atrevido á aplicarle por temor de cansarle.

Concluida la ceremonia, y á petición mia, bendijo nuestra comunidad de la tercera orden, despidiéndose de todos los hermanos. A todos dió las gracias por los servicios prestados, y les manifestó su pesar de no poder vivir con ellos tanto tiempo como lo habia esperado; tambien les recomendó que permanecieran fieles á la orden y al colegio, estrechándose mas y mas en derredor del superior que les habia dado.

Acto continuo nos bendijo, abrazándonos á todos. En seguida recibió y besó en la frente á su sobrino que en aquella ocasion representaba á la familia, y que no se habia separado de su lado hacia quince días. Hizo lo mismo con cada alumno del instituto, diciendo: adios, fulano; adios, hijo mio; adios por última vez. Sed siempre buenos; é iba dándoles la bendicion con marcada pausa á ellos, al colegio y á sus familias.

Serian próximamente las diez de la mañana. A la una volví. — «¡Ay! hijo mio, me dijo al verme: ¡cuánto cuesta morir! Yo pensaba que era cosa mas llana. Pero retirese Vd.; esto es demasiado triste; retirese Vd.» y poco despues añadió: «este pobre Luis (el criado) está matándose. Le recomiendo a Vd. á Luis. Cuide Vd. de él, consérvelo Vd. siempre á su lado, y hágale Vd. todo el bien posible en memoria mia. Es una gran suerte el tener un buen criado. En mi posición ya Vd. ve ¿qué sería de mí sin ese auxilio. No hay pudor en mi actual estado.» De repente le sobrevino un fuerte temblor. «Padre mio, le preocupa á Vd. alguna cosa, le dije. — No, nada me inquieta, Vd. conoce mi vida y el estado de mi alma. No, nada me inquieta. Quizás haya manifestado en mis actos algun secreto impulso de amor propio; pero habrá sido á pesar mio. Paréceme que he querido servir á Dios y á la Iglesia (aquí le faltó un instante la voz, y recobrándola, añadió), y á nuestro Señor Jesucristo. — Padre mio, no me ha entendido Vd. Yo queria preguntarle á Vd. únicamente si tenia Vd. algun encargo que hacerme, alguna orden que darme; y él sin oírme continuó diciendo: — Si, tambien he querido mucho á la juventud; ¿habré desagradado á Dios por esto? En cuanto á mis opiniones políticas y religiosas, estoy tranquilo, pues en nada se rozan con la fe ni con los dogmas, como sabe Vd. — Para este caso, le contesté, voy á aplicarle á Vd., padre mio, la indulgencia concedida para usted por Su Santidad á este crucifijo. Aceptó la indicacion que le hacia con una sonrisita de gratitud. Yo añadí: — Padre mio, ¿Vd. perdona de todo su corazón, no es verdad, á todas las personas que le han ofendido ó le han causado algun pesar? Recogióse un instante en sí en actitud de victima, y fijando en mí una mirada serena, me contestó: — ¡Ay! sí, de todo mi corazón, amigo mio, de todo mi corazón. Luego pidióme el santo Viático, diciendo: — La comunión me dará fuerzas, pues no sé cómo acabará el día para mí.»

IX.

En realidad este fué el último día que el padre vivió con nosotros. Desde aquel día hasta su muerte estaba

como sumido en un profundo y misterioso silencio, interrumpido de vez en cuando por algunas breves palabras dirigidas á los religiosos de su orden y á sus amigos. En efecto, despues de entregarle sus papeles al abate Pereyve, y como este señor le preguntase si podia conversar con Dios: — No, pero le estoy contemplando, contestó.

El R. P. Sandreau, nuevo provincial de la orden, y el R. P. Chocarne ya no se separaron de su lado.

El primero le recordaba la orden que tanto habia amado, y el segundo, con cariño experimentado, la piadosa empresa de San Maximino, y la memoria de la señora de Swetchine, puesto que él habia reemplazado al padre en los últimos momentos de esta venerable matrona. Además los RR. PP. Captier y Mermet, llegados hacia poco de nuestro colegio de Oullins, completaron la familia espiritual del padre en derredor de su lecho de muerte. Pero el padre ya no podia ni tomar alimento ni hablar; tampoco acertaba á comprender su estado. «Qué es esto, decia? ¿No poder vivir ni morir! ¡Verdad es que hay tanta gente que ora por mí en estos días!» Y se conocia su resignacion al ver como juntaba las manos frecuentemente, contemplando ya el cielo, ya su crucifijo. Este día, y por tercera vez recibió la bendicion pontificia por conducto del maestro-general de la orden.

El 10 por la noche experimentó una mejoría inesperada. El enfermo no tuvo fe en ella, y solo dijo á los que se alegraban hasta llorar de gozo despues de diez días de angustias: «¡Qué buenos sois conmigo! ¡Os doy las gracias!» Insensiblemente cesaron todas las funciones del organismo; sobrevinieron crisis; los hermanos de ambas órdenes reunidos en su celda rezaron por dos veces las oraciones de los agonizantes. Era un prolongado martirio.

Finalmente, el 21 de noviembre, por la noche, día de la Presentacion de la Virgen Santísima, primeras vísperas de santa Cecilia, una de las santas de su predileccion, sétimo aniversario del establecimiento de la tercera orden enseñante de Santo Domingo en Soreze, y de la plantacion del primer cedro que murió al poco tiempo, pidió á eso de las cinco de la tarde que le mudasen de ropa y que le compusieran la cama. Hecho esto, permaneció casi sentado, inmóvil, y variando tan solo de posición alguna vez para darle las gracias en términos afectuosos al criado, cuya cabeza tuvo estrechada largo rato sobre su corazón.

Serian cerca de las nueve cuando me quedé solo á su cabecera, con el alma agitada por las emociones del día; no le miraba porque sabia que esto le era molesto. Su respiracion era lenta, débil, casi apagada. A las nueve y media, no oyendo nada, vuelvo la cara para mirarle, tenia los ojos fijos en mí; estaba espirando.

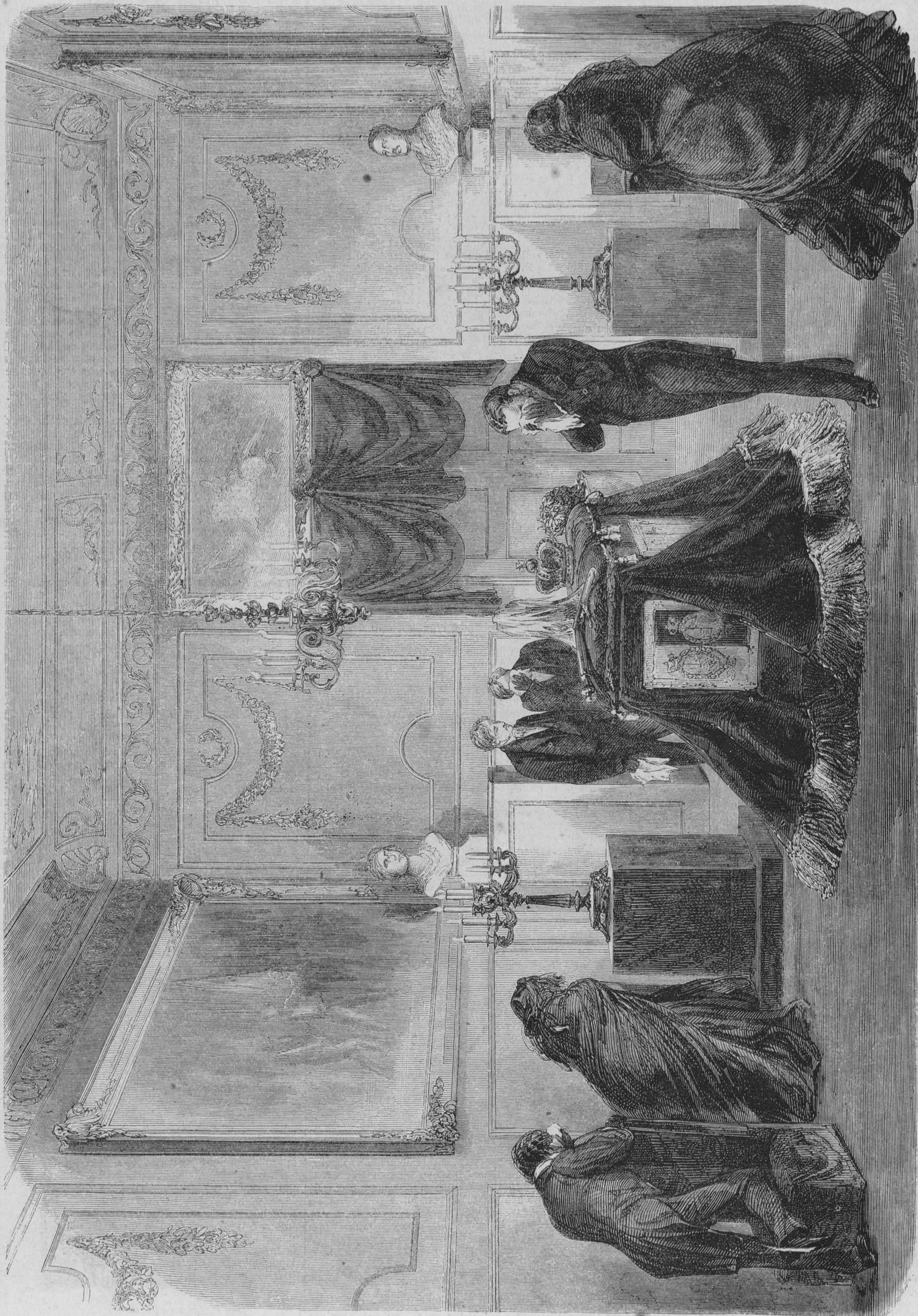
X.

Esta misma noche fué trasladado su cuerpo á una capilla del colegio, vestido con sus hábitos religiosos. Durante cuatro días la gratitud y la piedad de la comarca pudieron quedar complacidas contemplando sus restos. Con la muerte, la fisonomía del padre habia recobrado al parecer la expresion de su verdadero carácter, la de una santidad viril al par que amable. Los labradores venian como en romería de largas distancias. Los pobres pedian permiso para besarle los pies, los niños no se cansaban de mirarle. Todos acercaban á sus manos y á sus labios objetos piadosos, y nuestros alumnos llegaron hasta hacerle tocar el papel y la pluma que acostumbran tener guardados para su último certamen académico. ¡Pobre padre! Al recordar lo mucho que habia querido á los niños, á quienes se parecia en el candor del alma, y lo mucho que habia celebrado en sus conferencias el buen sentido del pueblo, muy superior en su opinion, á la razon de los sabios, era imposible no reconocer que Dios le premiaba en su muerte, convocando en derredor suyo á los niños y al pueblo.

El lunes siguiente fué necesario proteger sus restos contra la tumultuosa invasion de las gentes. Todos, tanto religiosos como profesores, alumnos del Instituto y criados, todos tuvimos que colocarnos entre su cuerpo y el ataúd de encina ordenado por él. Cada uno, el mas jóven como el mas humilde, pretendia besar por última vez aquella frente. ¡Cosa admirable! La muerte habia respetado su majestad y borrado sus arrugas.

En seguida le tomamos en nuestros brazos y lo depositamos en el ataúd. En este acto, cada uno, sin exceptuar á los colegiales, se empeñó una vez mas todavia en acariciar, en acomodar á ese padre; y tanto, que despues de descansar su cabeza en aquel supremo lecho, habriase dicho que nos daba las gracias, con la paz y suavidad de su rostro, por el esmerado cariño con que le habian preparado su postrer reposo.

Para ver reproducidas semejantes escenas es menester acudir á la Biblia. Tal debió ser el entierro de Jacob en medio de las tribus de Israel. Y todos recordábamos en esta ocasion solemne que al terminar el último sermón que predicó en la capilla del colegio, nos habia citado, hablando de los galardones del deber, la muerte serena de los antiguos romanos y el amotajamiento de los patriarcas.



El príncipe de Gales y el príncipe Arturo delante del féretro del príncipe Alberto.

LOS REYES.



AGENCIAS COMITE.

Dibujo copiado del cuadro de Rubens existente en el museo de Amberes.

El día de Reyes.

Epifanía es una voz griega que significa aparición ó manifestación. Se llama así la fiesta de la adoración de los Reyes. Los griegos la dan el nombre de *Teofanía*, aparición de Dios.

Tres misterios se celebran en una sola fiesta, por ser tradición antiquísima que sucedieron en un mismo día, aunque no en un mismo año: la adoración de los Reyes, el bautismo de Cristo por san Juan, y el primer milagro público que hizo Jesucristo en las bodas de Canaá.

La palabra Epifanía, manifestación, conviene perfectamente á todos estos tres misterios. Manifestóse el Señor á los Magos cuando por medio de la estrella milagrosa le vinieron á reconocer; manifestóse su divinidad en el bautismo por medio de aquella voz del cielo que lo declaró, y se manifestó también su omnipotencia en el primer milagro que hizo. Por haber sido estos los principales medios de que Dios se valió para manifestar en la tierra la gloria de su Hijo, los comprende todos la Iglesia en el nombre de Epifanía, aunque solo la adoración de los Reyes Magos es como el principal objeto de ella.

Los orientales llamaban Magos á sus doctores, como los hebreos los llamaban escribas, los egipcios profetas, los griegos filósofos, los latinos sabios; y esta palabra mago en lengua persa también significa sacerdote. La Iglesia da el nombre de reyes á estos tres hombres ilustres, fundada en aquellas palabras de David: los reyes de Tarsis y de las islas, los reyes de Arabia y de Saba vendrán á ofrecerle dones en prendas de su veneración, de su fidelidad y de su obediencia. También se funda en una tradición tan antigua, que no es fácil encontrarla principio, en pinturas antiquísimas que los representan con todas las insignias de la majestad. Añádese á esto el testimonio de los padres más célebres de la Iglesia, como Tertuliano, san Cipriano, san Hilario, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Isidoro, el venerable Beda, Teofilato y otros muchos.

Habiendo pues observado estos tres monarcas, príncipes ó magnates, régulos ó emires á quienes algunos llaman Gaspar, Baltasar y Melchor, el día 25 de diciembre, una estrella más brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquella la de Jacob, anunciada por el profeta Balan, cuyas profecías conocían, como señal de un rey que había de nacer para salud del género humano.

Alumbrados al mismo tiempo con una luz interior, por la cual conocieron que aquel astro les serviría de guía para encontrar al Mesías, tomaron el camino de Judea, donde sabían por la tradición que había de nacer aquel rey tan deseado de todas las naciones. El Evangelista solamente dice que vinieron del Oriente, esto es, de un país que era oriental respecto de Jerusalén y de Belén. La opinión más verosímil es que vinieron de la Arabia Feliz, habitada por los hijos que Abraham tuvo de Cetura, su segunda mujer, á saber: por Jectan, padre de Sabat, y por Madian, padre de Efa. Esto lo tenía pronosticado David bien claramente, cuando dijo que el Mesías sería adorado por el rey de los árabes y de Saba, quien le ofrecería oro de Arabia. Y el profeta Isaías había anunciado lo mismo, diciendo que vendrían de Madian y de Efa sobre camellos, como también de Saba, para reconocerle, ofreciéndole incienso y oro, y publicando en todas partes sus alabanzas. Mucho favorece esta opinión las especies de dones que le ofrecieron, porque el oro, el incienso y la mirra se encuentran principalmente en la Arabia.

Fueron guiados los Magos por la estrella durante todo el viaje, que fué de doce días, ó cerca de ellos; pero cuando los reyes se acercaron á Jerusalén, desapareció la estrella. Por eso entraron en aquella corte preguntando por el nuevo Rey, cuyo nacimiento les había anunciado la estrella en el Oriente.

Celoso Herodes de su dignidad y temiendo perder la corona que indignamente ceñía, mandó al punto que concurriesen á palacio todos los sacerdotes y escribas de la ley; esto es, los que tenían obligación de explicar al pueblo las divinas escrituras, y preguntóles: Decidme ¿dónde ha de nacer el Salvador? Todos á una respondieron que en Belén, pueblo humilde de la tribu de Judá, según la profecía de Miqueas. No fué menester más para llenar de turbación el ánimo y el corazón de aquel príncipe, cuya crueldad era igual á su ambición.

Había ya resuelto deshacerse de aquel Niño, y llamando aparte á los Magos, les hizo cien cavilosas preguntas acerca del tiempo en que les había aparecido la estrella, y reconociendo al mismo tiempo su piedad, afectó aprobarles su devoción y les exhortó á que prosiguiesen su viaje, y que se informasen de todas las circunstancias de ese Niño, para pasar también á adorarle.

Luego que los Magos se despidieron de Herodes y volvieron á ponerse en camino, volvió también el Señor á restituirles su resplandeciente guía y los condujo derechamente á Belén. Cuando vieron pararse la estrella perpendicularmente sobre el humilde portal ó casa donde estaba el nuevo Rey, entraron en ella. Encontráronle en los brazos de su madre, y no vieron ningún aparato, ninguna señal exterior que le diferenciase de los demás niños.

Llenos de fe y de respeto, se postraron y le adoraron; y según la costumbre de su país, le ofrecieron de los géneros más preciosos y más estimados que llevaba su tierra, oro, incienso y mirra. Entonces se cumplió á

la letra la profecía de David, hablando del Mesías. « Los reyes de la India, de la Arabia y de Saba vendrán á ofrecerle dones en testimonio de su fidelidad y de su obediencia. »

Pensaban los santos Reyes volverse por Jerusalén; pero el ángel del Señor se les apareció en sueños, y les advirtió que se volvieran por otro camino, y que por ningún caso se dejasen ver de Herodes, cuyos artificios descubrieron entonces, conociendo la malignidad de sus perversos intentos.

La opinión más común de los expositores y padres es, que los Magos llegaron á Belén trece días después que había nacido el Salvador.

Asegúrase que las reliquias de estos primeros héroes del cristianismo fueron primeramente trasportadas de Persia á Constantinopla por el celo y por la piedad de santa Elena; que después, en tiempo del emperador Emannel, se trasladaron á Milan, donde se mantuvieron seiscientos setenta años, según Galesino, hasta que, finalmente, cuando esta ciudad fué tomada y saqueada por Federico Barbaroja el año de 1163, fueron trasladadas á Colonia, donde se conservan con singular veneración.

Esta solemnisísima fiesta es muy antigua, y era común ya en el siglo IV, como que en las actas de martirio de san Felipe de Heraclea se lee que exhortando el mártir á los fieles, les dice: « Nos hallamos en el santo día de la Epifanía. » A más vemos que muchos concilios y algunos santos padres hablan ya de esta fiesta como una de las más solemnes.

La Iglesia griega celebró, y aun celebra el día de la fiesta de la Epifanía con una piadosa profusión de luminarias, y lo mismo practicó por mucho tiempo la Iglesia latina; de donde sin duda debió tener principio el estilo que se observa en algunas diócesis, de presentarse recíprocamente en este día unas velas coloradas que se llaman las Candelas de los Reyes; costumbres fundadas en la tradición, que rara vez dejan de aludir á algún piadoso misterio.

Con el nombre Epifanía celebraban también los paganos unas fiestas en memoria de la aparición de sus falsos dioses, en las que se les hacían varios sacrificios, á los que daban también el mismo nombre, ó epifanias.

En cuanto á la representación de este misterio debe tenerse presente, á más de lo descrito, que la escena de la adoración ha de figurarse en el portal ó cueva de Belén en que nació el Señor, ó bien en una casa particular ó meson de dicho pueblo á donde tal vez se trasladó la Sagrada Familia, pues el evangelista san Mateo dice: « Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su madre, y postrándose le adoraron, y abiertos sus cofres le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. »

No parece propio figurar al niño Jesús enteramente desnudo en una estación de invierno y en un país en el que el frío se deja también sentir.

Relativo al número de los Magos ó Reyes, aunque el Evangelio no le fija, la opinión común es que fueron tres, y en cuanto á que el uno era viejo, el otro era joven, y negro ó etiope el tercero, nada puede asegurarse.

Algunos creen ver en la antiquísima costumbre que todavía se observa en ciertas familias de nombrar ó echar un rey en la noche de ayer, un resto de la cristiana práctica de elegir una persona que, en nombre de la familia, y á manera de los Reyes Magos, se emersase en reverenciar y adorar el día de hoy al Niño Jesús.

Otros dan á esta costumbre un origen profano. Suponen ser un resto de las saturnales que los romanos celebraban en las calendas de enero. La observada en algunos pueblos de correr los jóvenes en la noche de ayer con antorchas y hachas de viento por las calles, creen unos que tiene por origen lo que practicaban antiguamente los fieles de encender muchas luces en semejante noche, al paso que otros, y sin duda con más fundamento, suponen que son un resto de las saturnales romanas, en las que, confundiendo todo principio social, solo la algazara y el desorden reinaban, corriendo desatentados los esclavos por las calles con teas y antorchas encendidas y dando aullidos terribles.

La otra costumbre observada en varios países, de poner los niños en el balcón un zapato ó canastillo para recoger los regalos que esperan de los reyes en su paso durante la noche, creen tener por origen la fe y devoción con que los fieles inculcaban á sus hijos el tránsito de los Reyes Magos, yendo á adorar á Jesús y á ofrecerle varios presentes, de los cuales suponían hacer partícipes á los niños y niñas morigerados y estudiosos, mientras que á los discolos ó desaplicados, ó no se acordaban de ellos, ó bien les dejaban objetos que sirviesen para corregirlos ó castigarlos,

P. E.

Catalina de Aragon

INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA.

POR LA S^{ra} D^a MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

Al oír las palabras del rey encendiéndose de ira la frente del arzobispo de Warham, que se adelantó resueltamente hacia el rey.

— Señor, dijo con acento que temblaba de cólera: la ley del Levítico ofrece dificultades para ese enlace, y he menester reunir un consejo para deliberar.

— Podeis ahorraros ese trabajo, milord, contestó se-

veramente el rey: ved aquí, añadió tomando de una mesa un pergamino sellado: ved aquí las bulas del papa Julio II: estan por medio razones de alta política, y además... ¡mi voluntad!

El prelado se inclinó en silencio, y de sus ojos hundidos brotó un relámpago de enojo; pero aquella cólera, que después había de dar sus frutos, debía, al menos por entonces, ser impotente.

Dicha su voluntad, se retiró el rey á su cámara y los cortesanos salieron también, unos en pos de otros, alegres los que veían en aquel enlace esperanzas de futura grandeza, tristes los que conocían el carácter firme de la princesa de Gales.

Esta se resignó con su suerte; ¿qué podía hacer? Voluntades de hierro se hubieran opuesto á la suya aunque hubiera osado resistir; porque sabido es, que además del empeño del rey de Inglaterra, mediaba el de la reina Isabel la Católica, que á pesar de su generosidad y de la grandeza de su carácter, en asuntos de Estado no transigía ni aun con su propio corazón.

Llegó el día de la ceremonia. Catalina dejó el luto que llevaba por su primer esposo para ir al altar, y se vistió costosas galas, como había hecho ocho meses antes.

Su rostro, tranquilo y frío, reflejaba un alma que había renunciado al amor: apenas había brillo en sus grandes ojos pardos, ni la más leve emoción alteraba la suave blancura de sus mejillas.

No hay para qué repetir aquí la ceremonia, que tuvo lugar en el mismo órden que la efectuada con el pobre príncipe, que ya dormía en su tumba.

Al volver á palacio, la princesa ocupó de nuevo su habitación, y Enrique, el esposo de doce años, se despidió de su esposa para irse á la suya.

Los esposos debían vivir así también hasta la pubertad de Enrique.

¡Pobre Catalina, destinada á ser la esposa de dos niños!

Su corazón, formado para el amor, se había dormido en el fondo de su pecho, y en algunos momentos, en tanto tenía lugar la ceremonia de los esponsales, se preguntó fijando los ojos sobre Enrique, si no parecía más bien la madre que la esposa de aquella criatura, aun no salida de la infancia.

Sin embargo, Enrique atesoraba ya más fuerza, más energía y mucha más salud de la que el débil Arturo había tenido jamás; era mucho más alto de lo regular en su edad, grueso, bien formado y fuerte.

La expresión dura y vivaz de sus ojos imponía temor; y era tan propenso á la cólera, que sus cejas negras y suaves como la seda, pero pobladas, estaban casi constantemente fruncidas.

Más de una vez, durante la ceremonia, se le vió fijar en Catalina una mirada ardiente y llena de pasión, en tanto que aquella, con los ojos bajos y las manos cruzadas, rezaba por el alma de Arturo, asemejándose á la estatua de la Tristeza.

La comitiva volvió á palacio cerca del anoecer; y el rey hizo una señal á su hijo para que se despidiese de Catalina: el príncipe se acercó á ella, le tomó una mano, y fijando sus grandes ojos negros en el pálido y tranquilo semblante de la princesa, le dijo á media voz:

— Adios, Catalina, y pensad en mí: yo pensaré sin cesar en vos, ¡porque os amo mucho!

Dichas estas palabras, estampó un prolongado beso en la mano de la princesa, que dejó escapar un grito, vistiéndose al mismo tiempo sus mejillas de un subido carmin.

Era la primera chispa de amor que filtraba en su corazón; y aquella chispa debía convertirse bien pronto en un incendio en aquel corazón virginal y dormido.

La caricia de Enrique había sido el beso de Pigmeleon, que había animado á una hermosa estatua.

IX.

Tres años de intervalo quedan entre este período y el anterior.

Catalina contaba ya diez y nueve, y quince Enrique; y el rey viendo la precoz virilidad de su hijo y la peligrosa soledad moral de la princesa, aceleró el día de los desposorios, que era también el en que debía empezar para Enrique y Catalina la vida conyugal, pues hasta entonces habían vivido como hermanos.

Durante estos tres años el amor había ido haciendo rápidos progresos en el corazón de Catalina.

Conociendo el rey que no era el cariño de un niño lo que podía llenar el corazón de la princesa, la había espiado cuidadosamente, temeroso de que alguno de los cortesanos jóvenes y hermosos que entonces abundaban en derredor del trono le hubiera inspirado una pasión secreta; pero muy en breve se tranquilizó.

Para la grave, para la austera Catalina, la palabra *deber* era omnipotente, y á ella estaban supeditadas todas sus impresiones, y con ella dominaba hasta sus pensamientos.

Amaba, sí, á Enrique; pero, quizá por la sola idea de que *debía* amarle; y ni una sola vez pensó en que pudiera ser admirado ninguno de los hombres que habitualmente la rodeaban.

Cuando volvemos, lectores míos, á encontrar al príncipe Enrique, se hallaba este en su cámara y ataviado con su traje nupcial de raso blanco, estrellado de diamantes.

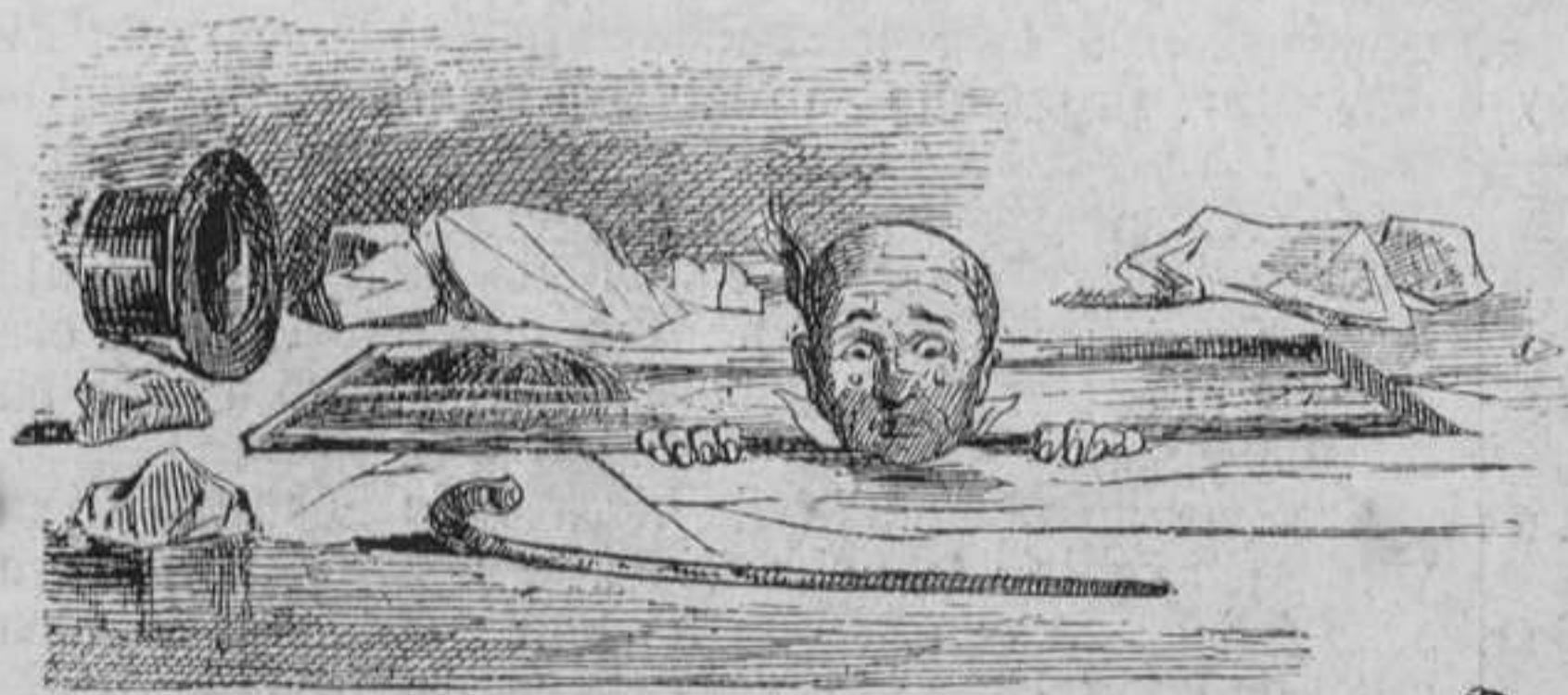
Eran ya las doce de la noche, y en el semblante del príncipe se pintaba la impaciencia, pues Catalina le esperaba en la cámara nupcial.

El casamiento había tenido lugar á las nueve de la

Sobre los hielos y bajo los hielos; estudios de invierno en Holanda, copiados de la

Una hermosa perspectiva sobre el hielo.

A quien llegará primero.



Las estrellas.

Con viento contrario.

Con viento favorable.

Una postura incongruente.



La locomotora va todavía mas deprisa que nosotros.

No se ha roto mas que dos muelas.



¡Ay, ay, ay! se va á romper la crisma.

Comunismo.

¡Socorro! ¡Socorro!

cartera de M. Alejandro V. H., de Amsterdam. — Grabado en cobre por el sistema Jobin.



Prudencia.

Atrevimiento.

¡Cuidadito, abuelo!

Otra vez saldré á pasear en mi carretela.



¿Qué diablo estará haciendo ahí dentro?

Casi todos están asegurados contra los accidentes.

Arrastrar la cadena.



Bajo los hielos.



Vista de la estacion de Kutno, sobre el ferro-carril de Varsovia-Bromberg, el dia de la recepcion oficial.

francos, si la misma obra se hubiese ejecutado de piedra.

Tal como es, el nuevo puente de hierro se halla sólidamente establecido; los estribos y los machones están cimentados sobre estacas; además, la empresa de las obras se ha confiado á M. Joly, constructor en Argenteuil, cuyo nombre es ya célebre por los planos y la construcción de los Mercados centrales de París.

Las maniobras de la tracción fueron emprendidas el 10 de octubre, y el puente se hallaba concluido el 26 de noviembre último.

La nueva estacion de Pontoise se eleva rápida-



Puente de Iowicz sobre el ferro-carril de Varsovia-Bromberg.

mente en la dirección del Vert-Buisson, al extremo de la calle Lebel y en medio de los prados y los bosques del Clos-Truffant.

A la salida del puente, hacia las fabricas de madama Cartier, el rail-way entra en la propiedad Fauveau, atraviesa el camino de Ruan y el Clos-Marconville, y corta al sesgo el hermoso valle de Osny, pasando por entre los palacios de Busagny y de Osny.

Atravesando el valle se dirige hacia Gisors, ya por Magny ó Amblainville, ya por Chars, Marines y Lavilletartre, según el trazado adoptado definitivamente para continuar por Gournay y Neufchatel hasta Dieppe. A. DE R.



Nuevo puente de hierro de Pontoise : línea de Dieppe por Argenteuil y Gisors.